

Los padrinos eran un Príncipe y un Duque. Provocaron al extranjero, que respondió con firmeza que no podía decir más que lo que había ocurrido. Iba de buena fe, puesto que había pagado. Rhea era tan sólo la verdadera culpable. Rehusó batirse, lo mismo con el Duque que con el Príncipe. Sólo lo aceptaba con Esther. El duelo estaba convenido durante todo un día. La joven tenía la mano firme para tirar á la pistola, y se acostumbró también á manejar la espada.

Pero ¿cómo se vengaría de Rhea? Ésta corrió á su casa llena de pena, y le juró mil veces que Mad. Planés era tan sólo la culpable. Sólo por ella se había puesto un antifaz, pero sin representar otro papel que el de la cortesana. ¿Se convenció Esther por completo? No lo sé; pero no tuvo valor para ser implacable. Rhea se arrojó en sus brazos. Valía abrió entonces la puerta, y le dijo:

—Ya sabía yo que ese cariño duraría hasta la muerte.

Rhea murió de pena cuando murió Esther.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÍOS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI.

Valía.

Apenas triunfaba la Comedianta de un obstáculo, cuando surgía otro delante de ella. Hay quien consigue sus triunfos, sus éxitos, impulsado por las olas de un afortunado destino. Esther los alcanzaba á fuerza de luchas heroicas.

Frecuentemente solía exclamar:

—¡Estoy vencida!

En aquellos momentos era siempre necesaria la presencia de Valía, que con su carácter alegre disipaba las negras nubes de sus tristezas.

Valía llevaba una vida salpicada de aventuras; un día le ocurrió la idea de salir á la escena. Era una mujer de mármol, y quería alzarse en alas de la opinión, hasta el pedestal de bronce de la escena.

¿Habría alguna, entre todas las que han representado la comedia del amor, que no haya aspirado á ser comedianta? ¡Unas por parecer mejor en la escena; otras por distraerse ó consolarse de alguna pena, ó bien por procurarse las fuertes emociones del teatro!

Valía quería dedicarse á él para aumentar sus triunfos; pero también porque tenía afición al proscenio. La llama del entusiasmo que ardía en el pecho de Esther y de sus otras hermanas, se le había comunicado también. Debutó en el Odeón, llamado Teatro Francés quizás por antífrasis, porque en él se han dado á conocer muchos poetas y actores á quienes la casa de Molière no quiso abrir la puerta. Representó con gran inteligencia la comedia y el drama; pero, aunque muy bien en las tablas, no obtuvo nunca más que un éxito mediano, porque se recordaba á su hermana. También fué porque se la comparaba con las otras tres hermanas de Esther, que poseían un verdadero talento dramático. Es verdad que si fueron más justos para con sus hermanas que para con ella, fué por la digna manera de vivir de aquéllas.

Del Odeón pasó al Teatro Francés, en donde no hizo Celimena del todo mal. Aquel día se sorprendieron al encontrarla tan distinguida y gran señora en la escena.

Lo mismo que Esther, tenía cierto aire de Princesa.

Era además la mejor muchacha del mundo, de una alegría inagotable; era una valiente y encantadora compañera de cena, como ya se solía decir entonces: no se aburría uno con ella. Esther la quiso siempre, aunque Valía le jugó

algunas malas partidas. Era un antiguo sentimiento de su corazón. No se reniega jamás de lo que se ha amado en los primeros años. Siempre late apresurado nuestro corazón cuando recorremos las primeras páginas de nuestra existencia. Las afecciones de esa época tienen la consagración del tiempo.

Esther quería que Valía estuviera en su casa en los días que hacía algún nuevo papel, y, sobre todo, cuando se estrenaba alguna obra.

Valía me ha enseñado todo un volumen de encantadoras cartas de Esther, que se consolaba de su ausencia escribiéndola.

He aquí una que le envió á Dieppe, adonde Valía acababa de partir para los baños de mar (29 Agosto 1838), en la época de sus primeras apariciones.

«Se suele decir que la felicidad llega durmiendo: por mi parte, nunca me ha ocurrido semejante cosa; tengo un buen sueño, pero nunca me despierto ni más rica ni más adelantada. Muchas veces me ocurre creer que camino hacia adelante, y caminar hacia atrás. Cuántas veces me embargaría el desaliento, si no estuviera tan bien templada. 1.º Cantar contigo; no me hago rica; me arrojan manzanas verdes para alargarme los dientes. 2.º El bueno de

Chorons me lleva á su escuela, creyendo que va á convertirme en un ángel para entonar sus cánticos. En su casa no hay ya manzanas verdes. 3.º Después de los cánticos, voy á casa de un santo varón, llamado Saint-Aulaire, que me enseña la elocuencia de los fanfarrones. 4.º Represento en el Teatro Molière (no hay que confundirlo con la casa de Molière) las criadas del referido Molière; allí no me arrojan manzanas verdes, pero me las tiran cocidas. Afortunadamente me indigna este proceder, y estoy soberbia en Hermiona. 5.º Me encierran en el Conservatorio, en donde no me conservo, porque me envían á vender flores. 6.º Pierdo pié en el teatro, y me acojo á la virtud de la señora Desmousseaux, que es un poco menos bestia que los hombres. 7.º Esta no me lleva más allá de la sala Chantereine; voy á ella, pero no adelanto un paso. Sin embargo, hay allí un hombre que está á punto de gritar: «¡milagro!»: el bueno de Poirson, que me abre las puertas del Gimnasio. 8.º Es una burla de mi destino. Aquella bombonera no era á propósito para mí. No supe complacer al público. Dijeron que desentonaba porque no hablaba como una flauta. 9.º El director del Teatro Francés me vió por casualidad, y se acordó de sus promesas, y me contrató. Salí á la escena. 10.º ¡Patatrás! Heme aquí en el aire; pero como no hay ni un

solo gato en el monumento, represento tan solo para los ratones y las arañas. Ya ves que sé contar hasta diez; pero no voy más lejos. Escríbeme, diciendo que estoy sublime, ó corro á tu lado, y me arrojo al mar para concluir de una vez, pues estoy ya cansada de navegar entre dos aguas.

»Espero que volverás para asistir á mis representaciones. Tú me darás valor, no contra los espectadores, que los tengo por míos, sino contra esos señores y esas señoras de la casa, que me miran como si fuera un animal raro. Adiós. Te abraza tu pequeña Esther.»

Valía adoraba á su hermana. ¡Pero estaba tan ocupada! Entre sus adoradores había personajes de todas clases; entre otros, un Ministro y un Mariscal de Francia. Cuando iba el Ministro, le decían si estaba el Mariscal: «¡La señora está con su notario!» Cuando llegaba el Mariscal era más grave; se decía: «La señora está conferenciando con su abogado.» Ahora bien: el Mariscal, que pasaba la pena negra para pagar sus deudas, se marchaba sin que se lo repitieran dos veces.

Todo el mundo le conoció un Subprefecto del Imperio, célebre por sus conquistas, que tenía la habilidad de agradarle por su voz de

barítono, hasta tal punto, que le decía á la primera canción : « ¡Te haré nombrar Sub-prefecto de San Dionisio!;» á la segunda : « ¡Te haré nombrar Prefecto!;» y á la tercera exclamaba : « ¡Te haré nombrar Prefecto del Sena! »

XXII.

La mujer.

Esther era revoltosa como ella sola; le gustaba apartar á los hombres del camino de las demás, salvo cuando los apartaba también del suyo. Manejaba á su antojo las intrigas amorosas, lo mismo que hubiera manejado los caballos de Apolo, con su blanca, fina y expresiva mano, á través de las doradas nubes. No se sentía la brida, pero se caminaba á merced de su fuerte voluntad. Nadie se escapaba al magnetismo de su dictadura.

Una noche, que no tenía nada que hacer, supo que dos actrices muy conocidas, dos mujeres de la Ópera, se disputaban un Príncipe encantador y muy querido, aunque no por su dinero, por más que no fuera un príncipe de la Bohemia.

Á Esther le fastidiaba verle caer en aquellas blancas manos, pues si escapaba de la una, iría á caer en poder de la otra. ¿Quién sería la una? ¿Quién sería la otra?